

XIII ENCUENTRO DE ARCIPRESTES DE ARAGÓN

Zaragoza (Quinta Julieta, 22-24 de febrero de 2010)

SACERDOTES PARA EVANGELIZAR EL TRABAJO PASTORAL DEL SACERDOTE. ARCIPRESTES DE ARAGÓN

**“Como el Padre me ha enviado así os envío yo” (Jn 20,21)
¡Ay de mí si no evangelizo! (1 Cor 9,16)**

*José M^a Avendaño Perea
Vicario General de Getafe*

Buenos días señor Obispo, y sacerdotes. Gracias por vuestra invitación. Vengo a compartir el ánimo y la esperanza cristiana, pues estamos necesitados de ayuda para confortar y pacificar el corazón de los sacerdotes.

Encuentro de Arciprestes de Aragón, Vicarios, Delegados del clero, de diferentes diócesis, en una realidad donde el Espíritu nos plantea la oportunidad de acercarnos, en este tiempo de crisis moral material, moral y espiritual a los lugares donde están las familias, los trabajadores, los parados, los niños, los jóvenes, los ancianos, los débiles y pobres, la enseñanza, la universidad, la política, la cultura...el asociacionismo, el tejido social. En la Iglesia y en el mundo. Ahí llevamos nuestro trabajo evangelizador en la iniciación cristiana, los catecumenados, la pastoral en diferentes ambientes, la celebración de los sacramentos, el anuncio del Evangelio de la caridad. *“Anuncio de la Palabra; celebración de los sacramentos y servicio de la caridad”*(DCE 25). El Señor nos invita a ser sujetos, agentes de acción pastoral.

Creemos en la Palabra hecha carne (cf Jn 1). Misterio de la Encarnación. Vivimos encarnados, caminando con nuestros hermanos, el pueblo con el que caminamos. Hemos de querer a la gente.

Os invito a poner como pórtico de esta ponencia algunos textos del Evangelio, porque a todas horas hemos de *“volver al Evangelio”*, junto a unos documentos del Magisterio.

“Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura”(Mt 16,16)

“Id y hacer discípulos míos entre todos los pueblos, bautizadlos consagrándolos al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo, y enseñándoles a cumplir cuanto os he mandado”(Mt 28,18)

“Al desembarcar, vio una gran multitud y sintió lástima, porque eran como ovejas sin pastor. Y se puso a enseñarles muchas cosas” (Mc 6, 36).

“El gozo y la esperanza, la tristeza y la angustia de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de todos los afligidos, son también gozo y esperanza, tristeza y angustia de los discípulos de Cristo y no hay nada verdaderamente humano que no tenga resonancia en su corazón. Pues la comunidad que ellos forman está compuesta por hombres, que reunidos en Cristo, son guiados por el espíritu Santo en su peregrinar hacia el Reino del Padre y han recibido el mensaje de la salvación para proponérselo a todos. Por ello, se siente verdadera e íntimamente solidaria del género humano y de su historia...” Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual, n 1) Aprobada solemnemente en la 9ª sesión pública de 7 de diciembre de 1965. los votantes fueron 2391, de los que 2309 votaron “placet”, 75 “non placet” y 7 con sufragio nulo. Fue el último acto magisterial del Concilio Vaticano II, cuya clausura tendría lugar al día siguiente.

“El fin que persiguen los presbíteros con su ministerio y con su vida no es otro que procurar la gloria de Dios Padre en Cristo. Y esta gloria consiste en que los hombres acepten, consciente y libremente agradecidos, la obra de Dios realizada en Cristo y la manifiesten en toda su vida. De este modo, ya se entreguen a la oración y adoración, ya prediquen la palabra, ya ofrezcan el sacrificio eucarístico y administren los otros sacramentos, ya se dediquen a los demás ministerios para el servicio de los hombres, los presbíteros contribuyen a un tiempo, al aumento de la gloria de Dios y a que progresen los hombres en la vida divina”.(Decreto Presbiterorum Ordinis, n 2)

“Llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad y, con su influjo, transformar desde dentro, renovar la misma humanidad” (EN 18).

Año Sacerdotal: “Fidelidad de Cristo, fidelidad del sacerdote”. En el 150 aniversario de la muerte de San Juan María Vianney.

La primera evangelización que el sacerdote ha de realizar hoy en el mundo es a través de su propia vida: que ella sea un signo visible de la humanidad de Dios. Pues hoy el hombre se experimenta dividido, con la tentación de instalarse ahí en la superficialidad o la mediocridad que tanto abundan. Hemos de ser ejemplo vivo para los hombres. Se nos llama a una madurez afectiva, espiritual y pastoral. Si estamos verdaderamente unificados y reconciliados con nuestro ser personal, podremos presentarnos ante los demás para llevar a cabo ante los demás una tarea de reconciliación y de anuncio de la Buena Nueva.

“El programa del cristiano- el programa del buen Samaritano, el programa de Jesús. Es un “corazón que ve”. Este corazón ve dónde se necesita amor y actúa en consecuencia”. (DCE 31).

“La nueva evangelización tiene necesidad de nuevos evangelizadores, y éstos son los sacerdotes que se comprometen a vivir su sacerdocio como camino específico hacia la santidad. Para que sea así es de fundamental importancia que cada sacerdote descubra cada día la necesidad absoluta de su santidad personal. Hay que comenzar purificándose a sí mismo antes de purificar a los demás; hay que instruirse para poder instruir; hay que hacerse luz para iluminar, acercarse a Dios para acercar a los demás a Él, hacerse santos para santificar. Esto se concreta en la búsqueda de una profunda unidad de vida que conduce al sacerdote a tratar de ser, de vivir y de servir como otro Cristo en todas las circunstancias de la vida”. (Congregación para el Clero 1999)

Vosotros Arciprestes, evangelizadores, lleváis la belleza de Jesucristo y de su Evangelio, en su santa Iglesia y en el mundo como:

- Colaboradores directos del Obispo.
- Sois el hermano mayor de los demás sacerdotes.
- Promovéis la unión de los sacerdotes en el Arciprestazgo.
- La atención personal y espiritual de los sacerdotes.
- Coordináis las diversas actividades pastorales.
- Sois “vigilantes”, con la vigilancia propia de un padre o una madre.
- Cuidáis de los laicos, los religiosos, religiosas.
- Veláis por la atención a las familias, los educadores, los catequistas, los voluntarios y trabajadores de Cáritas.

Priorizar la evangelización.

Acrecentar nuestra vida eclesial, fundamentarla en la comunión y desde ella responder a la realidad actual.

Promover un laicado maduro, misionero y responsable.

Sólida formación cristiana.

1. Contemplando el Rostro de Cristo. Sólo evangelizaré en la medida en que ame. Oración y celo evangelizador. Haciendo de la Iglesia la casa y escuela de la comunión.

San Juan María Vianney: *“No hay mucho amor de Dios en esta parroquia; vos procuraréis introducirlo”*.

El ministerio nos santifica si lo oramos. La oración como primera tarea pastoral. El programa pastoral es Jesucristo.(NMI 29)

El desencanto brota cuando no hay vida interior. La oración, en serio, nos hace estar entusiasmados. La gratificación de los sacerdotes es el amor. Hay que querer a la gente.

Antes de nada, hace falta promover una espiritualidad de comunión: *“una mirada del corazón sobre todo hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado”*(NMI43). Cultivar espacios de comunión.

Necesitamos potenciar el trabajo en equipo. La unidad del apostolado es un signo creíble, no de los francotiradores. Por ello es preciso edificar una espiritualidad de comunión “La comunión ha de ser patente en las relaciones entre Obispos, presbíteros y diáconos, entre Pastores de todo el Pueblo de Dios...La teología y la espiritualidad de la comunión aconsejan una escucha recíproca y eficaz entre Pastores y fieles...Estemos pendientes de los labios de los fieles, porque en cada fiel sopla el Espíritu de Dios” (NMI 43-45)

«En la ciudad en que entréis, curad a los enfermos y decidles: el Reino de Dios está cerca de Vosotros.» Lc 10,9. Jesús, en su predicación, anuncia con gestos y palabras al mismo Dios vivo que capaz de actuar en el mundo y en la historia de un modo concreto. A nosotros nos confía continuar esta predicación. El Reino de Dios es Dios mismo, presente en medio de nosotros por medio de Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre que permanece entre nosotros en su Iglesia Santa. El Reino de Dios no es una utopía lejana, un mundo idílico que no sabemos si llegará algún día. El Reino de Dios es algo muy real. Dios se ha manifestado en la historia y se ha hecho infinitamente próximo en su Hijo, Jesucristo.

El sacerdote tiene que anunciar esta cercanía de Dios, hacerla viva entre los hombres mediante su predicación, la celebración de los sacramentos y el testimonio de su propia vida. Qué grande es el don que se nos concede! Y ¡qué pequeños somos nosotros! Sólo la misericordia de Dios hará posible que, a pesar de nuestra debilidad y pobreza, los sacerdotes podamos estar siempre a la altura del ministerio que se nos confía. Si todas las virtudes son importantes en la vida de un sacerdote, la humildad lo es especialmente.

Una humildad que nos haga comprender los límites de nuestras fuerzas, nos haga reconocer nuestra debilidad y nuestro pecado y nos haga poner toda nuestra fuerza y nuestra confianza únicamente en el Señor

2. La situación actual, al sacerdote y la pastoral. Caminar en esperanza.

Mirada atenta a la sociedad donde hemos sido enviados, por ella ha muerto el Hijo de Dios, y es en ella donde continúa su presencia. Sin llores que añoran el pasado ni juicios que envenenan el presente. Hay que pasar de la lógica del “no hay nada que hacer, a la creatividad de quien siente el espíritu de Dios revolotear sobre el mundo.

En la Europa actual nos encontramos un oscurecimiento de la esperanza: miedo a afrontar el futuro; fragmentación de la existencia; se está haciendo prevalecer una antropología sin Dios y sin Cristo; existe una preocupante *“apostasía silenciosa”*, junto a signos de esperanza como la actividad pastoral de la Iglesia, la primacía de la evangelización y la toma de conciencia de la misión propia de los bautizados y la variedad y complementariedad de los carismas.

Los límites de la Iglesia están en la caridad. De ahí la importancia de la caridad pastoral y la unidad de vida. Sacerdotes con vigoroso testimonio evangélico.

Ámbitos de pastoral (Diócesis, arciprestazgo, parroquia, delegación, secretariado, institutos de vida consagrada, seminario, centro de formación teológica, asociaciones y movimientos, hermandades y cofradías).

3. “Sin mí no podéis hacer nada” (Jn 15, 5) “ Sed ministros de Cristo y administradores de los misterios de Dios” (1Cor 4,1).

Nos llama a vivir con Él. Él vivió así. Un misterio de amor. Vamos a detenernos un día en la vida de Jesús. (Mc 1) *“Entraron en Cafarnaún y el sábado siguiente entró en la sinagoga a enseñar, porque los enseñaba con autoridad...había un hombre poseído por un espíritu inmundo...Calla y sal de él...Es una enseñanza nueva, con autoridad...Después salió de la sinagoga y con Santiago y Juan se dirigió a casa de Simón y Andrés. La suegra de Simón estaba en cama con fiebre...la tomó de la mano y la levantó. Se le pasó la fiebre y se puso a servirles...cuando se puso el sol le llevaban toda clase de enfermos y endemoniados. Curó a muchos...Muy de madrugada se levantó, salió y se dirigió a un lugar despoblado, donde estuvo orando...Te están buscando todos...Vámonos de aquí a las aldeas vecinas, para predicar también allí”* (Mc 1, 21-39). Anunciar, curar, orar, ir.

La unidad de vida: *“No puede conseguirse meramente ni por la organización de la actividad ministerial, ni por la sola práctica de los ejercicios de piedad, aunque a ello contribuyan notablemente. La pueden construir...siguiendo en el cumplimiento de su ministerio el ejemplo de Cristo Señor, cuyo alimento era cumplir la voluntad de Aquel que le envió a acabar su obra”* (P O n 14).

En nuestra misión evangelizadora, en la programación de las diferentes tareas pastorales, no olvidamos que sin Cristo “no podemos hacer nada”. La primacía de la gracia. Dar prioridad a la oración personal y comunitaria. Dios nos pide una colaboración real a su gracia, invitándonos a utilizar los recursos de nuestra inteligencia y capacidad operativa a la causa del Reino. (cf NMI 38).

Los triunfos no satisfacen el corazón del sacerdote. Nosotros hemos consagrado todo nuestro amor sólo a Cristo, dedicándonos al servicio de la Iglesia y de nuestros hermanos (cf PO 16). Un corazón indiviso. *“Integración positiva de amor indiviso virginal”* Pablo VI 1967, en relación al celibato.

“Es también vuestra misión (de presbíteros): llevar el Evangelio a todo, para que todos experimenten la alegría de Cristo y todas las ciudades se llenen de alegría. ¿Puede haber algo más hermoso que esto? ¿Hay algo más grande, más estimulante que cooperar a la difusión de la Palabra de vida en el mundo, que comunicar el agua viva del Espíritu Santo? Anunciar y testimoniar la alegría es el núcleo central de vuestra misión” (Benedicto CXVI. Homilía, 27.4.08)

“Pero este tesoro lo llevamos en vasijas de barro, para que todos vean que una fuerza tan extraordinaria procede de Dios y no de nosotros” (2 Cor 4,7)

4. Caminando con Cristo, Él nos precede. La belleza de la liturgia.

El sacerdote no es un confeccionador de sacramentos, sino que refleja a Cristo, Cabeza de la Iglesia.

El sacerdote ofrece al Pueblo de Dios la gracia que santifica a los hombres. La celebración de cada sacramento es un tiempo de gracia, una experiencia del amor de Dios.

En liturgia dejamos respirar las cosas entre Dios y nosotros, pero también entre nosotros. Por tanto, concedamos a Dios la oportunidad de alcanzarnos y demosle también a nosotros mismos la oportunidad de alcanzarle a Él mediante las palabras, los gestos y los dignos. El barro y la arcilla de nuestros gestos, de nuestra humanidad cocida al fuego del Amor Pascual, que es el que nos solidifica y humaniza. La liturgia auténtica consiste integralmente en la solemnidad de la simplicidad. A decir verdad, nada resulta más solemne que lo simple. Hemos de realizar nuestros gestos siguiendo a Cristo, en los gestos de Cristo, de modo pausado, en Cristo;

alimentándonos adecuadamente de la Palabra. Que nuestros hermanos ante quienes participamos en las celebraciones consideren que somos hombres que dominan los gestos que realizan y tienen plena conciencia de las palabras que pronuncian, porque son gestos y palabras que han vivido. La liturgia que aburre es la que se realiza mecánicamente y sin espíritu. Irradiemos el gozo de anunciar la muerte de Jesucristo y de celebrar su resurrección, hasta que él vuelva.

5. Llevamos la escucha de la Palabra y la Palabra

“Os recomiendo a Dios y a la palabra de su gracia” (Hch 20,32)

Es misión del sacerdote llevar el Evangelio a todos, para que experimenten la alegría de Cristo. El sacerdote es discípulo que escucha y cumple la Palabra. Profundiza y contempla la Palabra. Es transmisor de la Palabra. Palabra, gesto y silencio.

Nos acogemos y llevamos la Palabra

¿Puede haber algo más hermoso que esto? ¿Hay algo más grande, más estimulante que cooperar a la difusión de la Palabra de vida en el mundo, que comunicar el agua viva del Espíritu Santo? Anunciar y testimoniar la alegría y la esperanza cristiana es el núcleo central de nuestra misión.

-El sacerdote es discípulo que escucha y cumple la Palabra.

-El sacerdote profundiza y contempla la Palabra de Dios.

- El sacerdote es transmisor de la Palabra en forma de proclamación (kerigma), de enseñanza (didagé), de iluminación de las situaciones de la historia (profecía).

No es dueño, sino servidor de la Palabra.

La Palabra es anuncio y denuncia.

Ayudar para la audición de la Palabra. Cuando el sacerdote se inspira en la Palabra da consejos que humanizan aunque a veces resulten contraculturales. Abre horizontes de fraternidad. Hemos de estar dispuestos a escuchar. El vano sueño de la autosuficiencia nos impide escuchar. Quien ha encontrado verdaderamente a Cristo no puede tenerlo sólo para sí, debe anunciarlo.

Al final de Marcos se describen los inicios de la misión apostólica después de la resurrección y ascensión del Señor: *«Ellos salieron a predicar por todas partes, colaborando el Señor con ellos y confirmando la Palabra con las señales que la acompañaban»* (Mc 16, 20).

La predicación del mensaje de Cristo es consecuencia de haberlo recibido de Él con el ejemplo de su vida (cf. Jn 1, 18). El mensaje evangélico se anuncia con la autenticidad y la urgencia de Jesús en Nazaret: *«Se ha cumplido hoy»* (Lc 4, 21). Por esto, cuando se anuncia, escucha o lee el Evangelio, acontece en los corazones y en la comunidad.

El sacerdote, en nombre de Cristo Pastor, hace presente en el mundo la Buena Noticia del Reino y la ofrece a todos los hombres como la deseada respuesta a las preguntas y desafíos del corazón humano. Hay evangelización donde hay Evangelio vivido.

El discípulo, acompañado por el Espíritu, escucha al Maestro, trata de seguir sus pasos y encuentra su alegría en poner en práctica su palabra. Está deseoso de comprender lo que dice y poner lo en práctica. La Palabra de Dios es el alimento que da la plenitud de la vida; el verdadero discípulo sacia en ella su hambre más profunda y se llena de gozo y de vitalidad (cf. Mt 4,4). Es su alimento y su anhelo: Cuando encontraba palabras tuyas, las devoraba; era tu

palabra para mí un gozo y alegría de corazón (Jr 15,16). Ezequiel, bajo la imagen de comer el libro, expresa cómo la Palabra de Dios alimenta al profeta... *“es dulce como la miel”*(Ez 3,3). La Palabra enfrenta al sacerdote con la palabrería del mundo (Ap 10,8-11), contrapuesta a la cruz de Jesucristo (cf. 1Cor 1,18; Jn 8,43-47).

La primacía de la santidad y de la oración sólo se puede concebir a partir de una renovada escucha de la Palabra de Dios . El Concilio VaticanoII ha subrayado el papel destacado de la palabra de Dios en la vida de la Iglesia. Catequesis, lectio divina.

Para ser “servidores de la Palabra” hemos de alimentarnos de la Palabra en el compromiso de la evangelización.. Hace falta reavivar en nosotros, el impulso de los orígenes, dejándonos impregnar por el ardor de la predicación apostólica después de Pentecostés. Hemos de revivir en nosotros el sentimiento apremiante de Pablo, que exclamaba: “¡Ay de mí si no predicara el Evangelio!” (1 Cor 9,16)

El sacerdote alimenta su alegría en el conocimiento de Jesucristo, Palabra del Padre. Indaga y se deja transformar por ella: “Cada mañana me espabila el oído para que escuche como los discípulos...”(Is 50, 4). Y asume con gozo este conocimiento que le acerca, transforma e identifica con Cristo, su Maestro.

Tenemos conciencia de ser “ministros de la Palabra” (Lc 1, 2), y para ello se precisa ser oyentes asiduos de la Palabra, estar inclinados sobre la Palabra, permanecer habitados por la Palabra (cf Mc 4, 20, Jn 5, 389. El presbítero anuncia, incluso cuando predica, resuena para él como discípulo, de modo que renueva su fe y confirma su adhesión al Señor.

“Predicar para que la gente rece. Predicar de manera que inspire la oración de quienes tenemos delante. Una verdadera homilía sólo es tal si ella misma se puede convertir en oración” Abrahan J. Heschel.

La palabra de Dios pronunciada sin obediencia, sin fe o sin saborearla, no puede hacer otra cosa que endurecer el corazón (cf. Mc 10, 5)

San Pablo en el discurso a los obispos-presbíteros de Éfeso nos muestra uno de los ejes fundamentales de vida para nosotros. *“Os recomiendo a Dios y a la palabra de su gracia”* (Hch 20, 32). Pablo no confía la Palabra a los ministros, sino que confía los ministros a la Palabra. Los destinatarios del testamento de Pablo tienen la misión de predicar, difundir y mantener viva la Palabra en medio de la grey, de entregarla a la Iglesia, sin embargo, algo sorprendente, Pablo confía los ministros a la Palabra. Antes de serles encomendada a ellos la Palabra, son ellos encomendados a la Palabra; antes de ser portadores de la Palabra, son ellos mismos entregados a la palabra de Dios. La Palabra tiene poder de salvación (cf Sant 1, 21), es poder de Dios (cf Rom 1, 16).

Tenemos la tentación de que nuestra escucha, acogida, búsqueda de la Palabra, nuestro amor por la Palabra de Dios no se corresponda con nuestro predicar, con nuestro anunciar la Palabra a los otros. . No es sólo el riesgo de la improvisación, o la poca preparación, sino que entreguemos una palabra sin poder, una palabra sin energía, una palabra que no toca el corazón de los fieles, y que se desvanece (cf Mc 4, 3-4. 15).

6. Llevamos la Eucaristía y la Reconciliación.

“Esto es mi Cuerpo...esta es mi Sangre”. *“Toda celebración litúrgica en cuando obra de Cristo sacerdote y de su cuerpo, que es la Iglesia, es acción sagrada por excelencia, y ninguna otra acción de la Iglesia iguala”*(SC 7) *La Eucaristía nos hermana y nos salva de la nostalgia. Los sacerdotes ministros de los sacramentos y de la Eucaristía. Gracias a la Eucaristía, el*

sacerdote puede vivir alegre y confiado. “Señor, ¿ a quien vamos a ir? Tú tiene palabras de vida eterna”(Jn 6, 68).

“Quien se pone al servicio del Evangelio, si vive de la Eucaristía, avanza en el amor a Dios y al prójimo y contribuye de este modo a construir la Iglesia como comunión...hombres en los que Cristo se transparenta a través de su Palabra, en los sacramentos y especialmente en la Eucaristía”(Benedicto XVI).

“Toda celebración litúrgica en cuanto obra de Cristo sacerdote y de su cuerpo, que es la Iglesia, es acción sagrada por excelencia, y ninguna otra acción de la Iglesia iguala, por el mismo título y el mismo grado, su eficacia”. (SC 7).

“La liturgia es el culmen hacia el que tiende la acción de la Iglesia y , a la vez, la fuente de la que dimana toda su fuerza” (Sacrosanctum concillium 10). Es en la liturgia donde el sacerdote es y se muestra al máximo como ministro de Cristo y administrador de los misterios de Dios(cf. 1Cor 4, 1), ministro de la alianza (cf 2 Cor 3,6). Toda la acción litúrgica realizada por el sacerdote se cumple siempre in nomine Domini et in domine Ecclesiae. Enorme responsabilidad . No a la celebración deprisa, sin preparar... Pues mediante la liturgia se renueva la vida de la comunidad cristiana, edificándola y haciéndola crecer en gracia y santidad

Gracias a la Eucaristía, el sacerdote puede vivir alegre y confiado, y así afrontar con esperanza el combate de la fe, ante la increencia y la tentación de dar la espalda a Jesucristo: “Señor, ¿ a quien vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios “ (Jn 6, 68-69).

Jesucristo resucitado es, para el sacerdote, alimento, pan vivo y compartido que hace posible la novedad de la vida comunitaria y de la comunión con los pobres: “Todos los creyentes estaban de acuerdo y tenían todo en común...Acudían diariamente al Templo con perseverancia y con un mismo espíritu, partían el pan en las casas con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios y gozando de la simpatía de todo el pueblo” (Hch 2,44-47; 4,32-35).

Santa Edith Stein nos mostró la “Educación eucarística”. El sacerdote además de la Palabra, ministro de la Palabra, pone en su centro la Eucaristía. Santa Edith Stein dice que poner el el centro la Eucaristía es que es que el mismo Sacramento obre en la otra persona. Educar eucarísticamente es trascender el yo para ir hacia Cristo. Vivir conforme a Cristo. Pasar de la autonomía a la cristonomía. Es invitar a la persona a hacer esa transición que lleva al Maestro interior.

“La Eucaristía nos salva de la nostalgia” S. Kierkegad. Si recordamos sólo lo que fue nos moriríamos de nostalgia, pero la Eucaristía es vivir ahora el Cristo a través del pan y del vino. Vivir en el presente al mismo Jesús a través de la Eucaristía.

El camino de la gloria de Dios es vivir como Dios quiere: “*Sigue viviendo y crece*” (Ez 16,6), concretado en la bella expresión de San Ireneo: “*La gloria de Dios es que el hombre viva, y la vida del hombre es la visión de Dios*”.

El Concilio Vaticano II nos enseña que la parroquia es una comunidad de fieles en una Iglesia local de la que es como una célula (cf Apostolicam actuositatem 10). La parroquia hace posible el arraigo de la Iglesia en un determinado y concreto lugar en el mundo. En ella, hombres y mujeres, fieles, de todas las procedencias, edades,...formamos una porción, *asamblea*, del pueblo de Dios. Es la Iglesia de Dios que habita entre las casas de los creyentes en Jesucristo, pero al mismo tiempo, injertados entre las casas de los que se dicen no ser cristianos.

“*La parroquia es el seno en que somos engendrados en la fe; es un espacio para creer; es el lugar donde se llega a ser cristiano, pues no se nace cristiano; es un modo de vivir el Evangelio, más todavía, el modo más común y cotidiano*”, afirma Enzo Bianchi .

Es el lugar donde todos los fieles pueden reunirse para la celebración dominical de la Eucaristía. La parroquia inicia al pueblo cristiano en la expresión ordinaria de la vida litúrgica, la congrega en esta celebración, le enseña la doctrina salvífica de Cristo y la lleva a practicar la caridad del Señor en obras buenas y fraternas". (Catecismo de la Iglesia Católica No. 2179).

La parroquia es como una fuente a la que todo el mundo viene a calmar su sed, decía el beato Juan XXIII. Es la familia de Dios, fraternidad que tiene una sola alma, una casa, fraternal y acogedora; es la comunidad de los fieles. (Cf. Christifideles laicis). En la parroquia, como manifestación visible de la Iglesia, se celebra la vida de la gente; se camina al lado de los humildes y excluidos, siempre anclados en el Evangelio; se escucha y dialoga humildemente con todos anunciando, a todas horas, la Buena Nueva de Jesucristo.

En una sociedad como la nuestra, la Iglesia es apreciada por su cercanía a los necesitados, y esto se debe fundamentalmente a que las parroquias han sabido, y saben, ofrecer y organizar eficazmente, respuestas a las necesidades y desiertos de la vida. *"Después de la familia la parroquia es la primera escuela de fe, oración y educación moral"* dijo en 1985 el Papa Juan Pablo II

La Eucaristía nos hermana.

Contempla tu el barrio, tu pueblo o tu ciudad el día del Señor. El domingo es para la comunidad cristiana, para la parroquia, el momento de epifanía de la Iglesia, porque no puede existir sin el día del Señor, *"no podemos vivir sin Eucaristía"*. No acuden todos. Sin embargo en los que asisten está el alma del pueblo, sus gozos y fatigas cotidianas, su confianza en la misericordia. Traemos a la memoria y al corazón los rostros alegres, gozosos, y también los doloridos y avejentados por tanto sufrimiento y anhelos que nunca llegan. Mujeres y hombres que acuden a la Eucaristía porque experimentan que ahí reside su "hogar"; "hogar" y mesa donde se sienten queridos, valorados y reconocidos en su dignidad de hijos de Dios.

Es fuente y culmen de la vida y misión de pueblo *"reunido en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo"* (LG 4) Toda la acción evangelizadora surge del misterio eucarístico y hacia él se dirige como centro vital.

La Eucaristía es para la Iglesia el momento privilegiado para el encuentro con su Señor, Jesucristo resucitado. Los fieles saben que el Señor se les manifiesta a través de los signos del pan y el vino y que, en la comunión, entran en una relación de intimidad con Él que los transfigura. A partir de la participación en la misma mesa, se edifica la familia de los hijos de Dios; la Iglesia que invoca el mismo Padre vive la fraternidad y se ofrece para servir a los pobres, como manifiesta San Damiano de Molokai en una carta (8-XII-1888): *"Sin el Santo Sacramento, una situación como la mía sería insostenible. Pero con mi Señor a mi lado, puedo continuar por siempre feliz y contento; con esa paz gozosa en el corazón y la sonrisa en los labios, trabajo con entusiasmo por el bien de mis pobres leprosos"*.

La Eucaristía nos impulsa a salir a los caminos de la vida y recorrer las sendas, los valles, las cunetas de la existencia de nuestros hermanos invitándonos al banquete de la alianza.

El obispo de Solsona, Mons. Jaime Traserra, en una Carta pastoral expresa: *"La Eucaristía es la mesa donde pobres y ricos, hombres y mujeres, sabios e ignorantes reciben el mismo alimento sobreabundante. Por esto, unos y otros deben sentir a la Iglesia como su casa.... Los fieles encuentran en la Eucaristía la llamada a hacer de la propia vida una existencia entregada a los otros, a establecer lazos de comunión y fraternidad con todo el mundo, superando todo aislamiento o actitud de suficiencia. Si en la eucaristía experimentamos el perdón y la misericordia del Señor que nos acoge y da vida, también nosotros debemos ser misericordiosos con todo el mundo"*.

La vida cristiana está centrada en la Eucaristía (cf. LG 11), en el sentido de convertirse en personificación del mandato del amor, como oblación cultural unida a la oblación del Buen Pastor. *«Os exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, que ofrezcáis vuestros*

cuerpos como una víctima viva, santa, agradable a Dios: tal será vuestro culto espiritual» (Rom 12, 1-2).

Las expresiones conciliares del Vaticano II relacionan la identidad del ministerio sacerdotal con el misterio eucarístico: *«En la Sagrada Eucaristía se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo en persona, nuestra Pascua y pan vivo, que por su Carne vivificada y que vivifica por el Espíritu Santo, da vida a los hombres, que de esta forma son invitados y estimulados a ofrecerse a sí mismos, sus trabajos y todas las cosas creadas juntamente con Él. Por lo cual la Eucaristía aparece como fuente y cima de toda evangelización» (PO 5).*

En un mundo que genera violencia, rupturas, desencuentros,...el sacerdote se ofrece como servidor del perdón y la reconciliación. El Sacramento de la penitencia nos ofrece la alegría del encuentro con el Señor.

7. Presentes en las heridas del mundo.

En el lugar que hay sufrimiento está la Iglesia. *“Que los pobres, en cada comunidad cristiana, se sientan como “en su casa... Sin esta forma de evangelización, llevada a cabo mediante la caridad y el testimonio de la pobreza cristiana, el anuncio del Evangelio, aun siendo la primera caridad, corre el riesgo de ser incomprendido o de ahogarse en el mar de palabras”(NMI 49). “Cuiden mucho de los pobres y miren en ellos la persona de Nuestro Señor Jesucristo” (Beato Ciriaco María Sancha).*

Dar la Palabra; dar la Eucaristía y estar cerca de los grupos vulnerables...eso significa superar la endogamia. Hay que salir. Ir donde nos necesiten.

En un mundo que está perdiendo el corazón y la compasión, el Evangelio del amor continúa siendo una gran garantía y una gran defensa para los pobres. Los pobres no atraen, muchas veces estorban, pero no está ahí el Siervo Sufriente del que habla el profeta Isaías: *“Sin gracia, sin belleza...despreciado” (Is 52, 2-3)*

8. La caridad pastoral.

Identificación con Cristo, Buen Pastor.

“Cuidad de vosotros mismos y de todo el rebaño, pues el Espíritu Santo os ha constituido vigilantes (episkopoi) para apacentar la Iglesia de Dios, que él(es decir, Cristo) se ha adquirido con su propia sangre”(Hch 20,28)

“Emplear la medicina de la misericordia y no las armas de la severidad“ Beato Juan XXIII.

La personificación existencial de Cristo, Buen Pastor, es el sacerdote que conoce a sus ovejas, las busca, las guía, las llama por su nombre, las conduce a fuentes y pastos de la Eucaristía y el Agua Viva de Cristo.

El principio aglutinador de mi vida es la caridad pastoral” PDV 23. Esto no se hace en un momento, es un proceso. PDV 12 Un don, una tarea PDV 24

Los presbíteros somos en la Iglesia y para la Iglesia una presentación sacramental de Cristo Cabeza y Pastor. El sacerdote es alguien que ama a los hombres como Cristo los ama. Hemos de pensar, sentir y vivir como Cristo.

La fuente de la santificación también es la fuente del propio ministerio, de la propia misión, pues el ejercicio mismo del ministerio es justamente el espacio que tiene el presbítero para su santificación. El espacio en medio del cual el presbítero ha sido puesto como pastor.

“Vosotros sabéis cómo me he comportado con vosotros...cómo no he omitido nada de cuanto os podía resultar útil” (Hch 20, 18). La relación de Pablo con la comunidad ha sido de transparencia, nunca de simulación; no se ha reservado nada de sí mismo; su conducta ha sido la de “estar con”, y no “estar sobre”. No se ha atrincherado en el aislamiento. Ha vivido el ministerio con espíritu fraternal y humilde, haciendo de su presidencia una ocasión para ejercitar y ejercitarse en la caridad que comporta el servicio al Señor.

La encomienda de apacentar el rebaño exige un gran esfuerzo de vigilancia sobre uno mismo y sobre el propio rebaño. Custodiar de manera creativa la unidad del Cuerpo de Cristo. Ascesis de comunicación, controlando los modos y las formas de su hablar y relacionarse para no crear tensiones, rupturas o divisiones el es frágil equilibrio que rige las relaciones interpersonales y comunitarias.

El sacerdote ha de ser alguien con sentido común: se encontrará con variedad de situaciones humanas, en todas las edades... El sacerdote ha sido puesto en la comunidad como servidor de la comunión; su preocupación ha de ser la de tejer y reparar la trama del tejido comunitario que se halle en peligro de deshilacharse o romperse.

Resulta útil ante la búsqueda de la identidad del presbítero – en ocasiones obsesiva y cerrada sobre sí misma- que el presbítero puede vivir de forma realista su santificación sólo cuando es consciente de ser antes que nada un hombre y que su vida debe ser, antes que nada, humana y humanizada. Que el “también yo soy un hombre” proclamado por Pedro (Hch. 10,26) y por Pablo y Bernabé (Hch 14, 15), ante quienes les querían honrar y venerar, y recuerdan su pobre y frágil humanidad, lo cual salva del orgullo y la vanagloria.

El pastor ha sido llamado a desempeñar en la Iglesia la tarea de introducir a los fieles en la relación vital con Dios Padre, a través del Hijo Jesucristo, en el Espíritu Santo. Esta obra implica que el presbítero viva él mismo esta vida espiritual que debe transmitir a los demás.

La imagen de Jesucristo, Pastor de la Iglesia, vuelve a proponer, con matices nuevos, los mismos contenidos de la imagen de Jesucristo, Cabeza y Siervo. Verificándose el anuncio profético del Mesías Salvador, cantado gozosamente por el salmista y por el profeta Ezequiel (cf. Sal 22-23; Ez 34, 11ss), Jesús se presenta a sí mismo como «el buen Pastor» (Jn 10, 11.14), no sólo de Israel, sino de todos los hombres (cf. Jn 10, 16). Y su vida es una manifestación ininterrumpida, es más, una realización diaria de su «caridad pastoral». Él siente compasión de las gentes, porque están cansadas y abatidas, como ovejas sin pastor (cf. Mt 9, 35-36); él busca las dispersas y las descarriadas (cf. Mt 18, 12-14) y hace fiesta al encontrarlas, las recoge y defiende, las conoce y llama una a una (cf. Jn 10, 3), las conduce a los pastos frescos y a las aguas tranquilas (cf. Sal 22-23), para ellas prepara una mesa, alimentándolas con su propia vida. Esta vida la ofrece el buen Pastor con su muerte y resurrección, como canta la liturgia romana de la Iglesia: «Ha resucitado el buen Pastor que dio la vida por sus ovejas y se dignó morir por su grey. Aleluya».

“Yo soy el buen Pastor; y conozco a mis ovejas y las mías me conocen a mí, como me conoce el Padre y yo a él, y doy mi vida por las ovejas. También tengo otras ovejas que no son de este redil; también a esas tengo que llevarlas y escucharán mi voz, y habrá un solo rebaño y un solo pastor” (Jn 10,14-17). Una hermosa lección para nuestro trabajo evangelizador como sacerdotes en la misión de vicarios, delegados, arciprestes en la pastoral cotidiana: Jesús conoce a sus ovejas, da su vida por las ovejas, busca a otras que no son de este redil, trabajando por la unidad.

El contenido esencial de la caridad pastoral es la *donación de sí*, la *total donación de sí a la Iglesia*, compartiendo el don de Cristo y a su imagen. «La caridad pastoral es aquella virtud con la que nosotros imitamos a Cristo en su entrega de sí mismo y en su servicio. No es sólo aquello que hacemos, sino la *donación de nosotros mismos* lo que muestra el amor de Cristo por su grey. La caridad pastoral determina nuestro modo de pensar y de actuar, nuestro modo de comportarnos con la gente. Y resulta particularmente exigente para nosotros...».)

El don de nosotros mismos, raíz y síntesis de la caridad pastoral, tiene como destinataria la Iglesia. Así lo ha hecho Cristo «que amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella» (Ef 5, 25); así debe hacerlo el sacerdote. Con la caridad pastoral, que caracteriza el ejercicio del ministerio sacerdotal como «*amoris officium*», «el sacerdote, que recibe la vocación al ministerio, es capaz de hacer de éste una elección de amor, para el cual la Iglesia y las almas constituyen su principal interés y, con esta espiritualidad concreta, se hace capaz de amar a la Iglesia universal y a aquella porción de Iglesia que le ha sido confiada, con toda la entrega de un esposo hacia su esposa». El don de sí no tiene límites, ya que está marcado por la misma fuerza apostólica y

misionera de Cristo, el buen Pastor, que ha dicho: «también tengo otras ovejas, que no son de este redil; también a éstas las tengo que conducir y escucharán mi voz; y habrá un solo rebaño, un solo pastor» (Jn 10, 16).

Jesucristo. Pastor de su Iglesia, su grey. Siente compasión de las gentes; busca las dispersas; las conoce, las recoge, las defiende, las conduce a pastos frescos (cf Jn 10). “Ha resucitado el Buen Pastor que dio su vida por sus ovejas y se dignó morir pro su grey. Aleluya”. “Cuidad de vosotros mismos y de todo el rebaño... (Hch 20,28). Configuración con Jesucristo, Cabeza y Pastor. Servidor de Cristo para los hombres.

Contemplar a Cristo Pastor. Hay que estar tiempo con la gente. Respetar a la gente, convencido de que el Señor les ama. Ser testigos del amor de Dios para esa gente. Tratarles con cariño, con paciencia y escucha de su vida .El principio aglutinador de la vida del sacerdote es la caridad pastoral (PDV 23). Esto no se hace en un momento, es un proceso (PDV 12), es un don y una tarea (PDV24).

La fuente de la santificación del sacerdote es su propio ministerio, la propia misión. El ejercicio del ministerio es el espacio que tiene el presbítero para su santificación.

9. Presencia en el Ágora pública.

“Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura” (Mc 16, 15) Concilio Vaticano II . Decreto Ad Gentes 11-13. “La Iglesia, para poder ofrecer a todos el misterio de la salvación y la vida traída por Dios, debe insertarse en estos grupos con el mismo afecto con que Cristo por su encarnación se unió a las condiciones sociales y culturales concretas de los hombres con que convivió “ (AG 10): presencia, cercanía, diálogo, cooperación en el bien común, testimonio, testimonio explícito, anuncio del Evangelio y reunión del Pueblo de Dios...) Hoy muchas personas nos necesitan. Los jóvenes nos necesitan. Hemos de llevarles la Palabra de Dios que caldea el alma. Estar presentes en ámbitos creyentes, no creyentes...exponiendo la Palabra de Dios, no sólo de forma general y abstracta, sino aplicando a circunstancias concretas de la vida la verdad perenne del Evangelio y la doctrina de la Iglesia. Todo sacerdote debe ser “experto en humanismo”. Ha de llevar el mensaje salvador al corazón de este mundo complejo que nos ha tocado vivir.

10. En la Iglesia misterio, comunión y misión.

Testigos del amor. Testigos creíbles de Cristo. El sacerdote, envido por el Padre, por medio de Jesucristo, configurado a vivir con la fuerza del Espíritu Santo al servicio de la Iglesia y por la salvación del mundo..

Es en el misterio de la Iglesia, como misterio de comunión trinitaria en tensión misionera, donde se manifiesta toda la identidad cristiana y, por tanto, también la identidad específica del sacerdote y de su ministerio. Fieles el Evangelio. Los sacerdotes hemos de ser verdaderamente sencillos, con alma de pobre. En este momento de la historia se nos pide todo; un amor indiviso, un corazón indiviso, sólo Dios es nuestro Amor. Hemos de manifestar a Dios en la totalidad de nuestra vida. Enseñar cómo es posible la alegría y la esperanza, la fidelidad a la inmolación cotidiana a la voluntad del Padre y a la donación generosa a los hermanos. Mostrar que para ganar la vida hay que perderla (Mt 16,25). Silencio, soledad, anonadamiento y cruz, servicio y donación. Consumir la vida en lo sencillo, en lo oculto, en las tareas cotidianas y ordinarias.

La eclesialidad es una dimensión insoslayable de nuestra identidad cristiana, y hemos de confesar en la vida de cada día, con alegría, sin ostentación: “*Creo en la Iglesia*”, pues la fe cristiana, sólo puede ser vivida eclesialmente. En la Iglesia nos ha sido dado creer en Jesucristo y nos ha sido otorgado el Espíritu. La Iglesia nos sostiene y nos mantiene la fe, la esperanza y la caridad.

Nuestra misión, como sacerdotes, es hacer la unidad en la comunidad, pues la razón de ser del sacerdocio está en función de la comunión eclesial. El sacerdote ha de vivir en estrecha comunión con la Iglesia universal a través de su Iglesia particular y en íntima conexión con el presbiterio de su Diócesis y con el Obispo que lo preside. Así la parroquia es un lugar de encuentro, de acogida, de superación de barreras culturales o raciales, buscando siempre la unidad.

La profundidad interior de un sacerdote—fruto del Espíritu de amor que nos fue dado y que inhabita en nosotros (Rom 5,5)—se revela normalmente en la palabra que anuncia, en la serenidad que comunica, en la alegría pascual que transparenta.

Hoy se nos pide, que seamos hombres de Dios, que expresemos a Cristo, que hagamos con ellos el camino como testigos de lo Absoluto.

Más que nadie, el sacerdote debe ser el sencillo artesano de la paz (Mt 5,9). En un mundo de tensiones y violencias. Más que nunca su presencia—superando desalientos y cansancios—debe ser un mensaje de esperanza y de alegría. Es decir, un mensaje de la Pascua que él encarna. «*Que el Dios de la esperanza os llene de alegría y de paz en la fe, para que la esperanza sobreabunde en vosotros por obra del Espíritu Santo*» (Rom 15,13).

Hoy los hombres se mueven en la incertidumbre, la angustia y el miedo. Los sacerdotes padecen también esta experiencia. Es el precio doloroso de la hora tan rica que vivimos: tan llena de búsquedas auténticas, de exigencias tan claras del Señor y de la presencia misteriosa de su Espíritu

Una hora que nos pide total generosidad, fortaleza y equilibrio. Hemos de comprender y amar esta hora nuestra sacerdotal. Con sus luces y sus sombras, sus posibilidades y sus riesgos, su fecundidad y su cruz. Hemos de comprometer en ella nuestra fidelidad.

Fidelidad a Cristo, que nos ha llamado de una manera absoluta. Fidelidad a la Iglesia, cuya comunión realizamos y presidimos como instrumentos del Espíritu. Fidelidad a los hombres, para cuya salvación integral fuimos constituidos humildes servidores.

En el trabajo pastoral de cada día tenemos que estar fundamentados en una escucha y un diálogo entrañable con Dios, con nosotros mismos y con el mundo. Siendo fieles y perseverar: “*Se cansan los muchachos, se fatigan, los jóvenes tropiezan y vacilan, pero los que esperan en el Señor renuevan sus fuerzas, echan alas como las águilas, corren sin cansarse, marchan sin fatigarse*” (Is 40, 30-31)

Desde la tierra de María, Nuestra Señora del Pilar: «*He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según su palabra*» (Lc 1,38), le pedimos que interceda por nosotros para servir plenamente a los hombres y entregarnos con generosidad al Dios, como ella.